

VIII.

Como la Apizpica dijo á D. Guillen lo que contra él tramaba la canalla.

MARTA la Apizpica, habia obedecido ciegamente á D. Guillen y estaba al servicio de D.^a Inés.

El aspecto simpático de la muchacha, el aire de inocencia que tan bien sabia tomar y el aseo con que iba vestida, interesaron vivamente á D.^a Inés, y la admitió en su casa.

En esto hubo mucho de fortuna para la Apizpica, pero fortuna que nada tenia de estraña, supuestas las perversas intenciones que abrigaba, porque realmente sucede en el mundo que el hombre que procura entrar al servicio de alguna persona, si no lleva mas objeto que el de ganar honradamente su pan, encuentra mil y mil tropiezos, al paso que el que con torcidas miras pretende lo mismo, halla todo á medida de su deseo.

La noche que siguió á la primera cita de D. Guillen y D.^a Inés, el jóven entró como de costumbre á la tertulia del marqués de Rio-florido.

Aquel era el primer dia que Marta estaba en la casa, y D. Guillen se la encontró al subir la escalera.

—Necesito hablaros—dijo la jóven cuando el Señorito pasó á su lado.

—Mañana al medio dia en mi casa—contestó el Señorito sin volver siquiera la cabeza.

Aquella noche la tertulia estuvo como siempre, fria. Desanimadas conversaciones, sábiamente insulsas, entre el inquisidor y el mercedario; alabanzas de algunos santos milagrosos por la beata; miradas incendiarias y de intelijencia entre los amantes; frases de doble sentido que ellos solos comprendian.

Sonó la hora y cada cual á su casa.

D.^a Inés esperó á D. Guillen como de costumbre á la hora en que salia.

—No vengas esta noche—le dijo.

—¿Por qué?—preguntó el jóven.

—Porque hay alarma en la ciudad y temo que te suceda algo.

—No importa.

—Yo te lo ruego; no vengas; mañana nos veremos.

—Como tú lo mandes.

—¿Has avanzado algo en lo de la conspiracion?

—Nada.

—Pues procura mañana traerme buenas noticias.

—Las tendrás; adios, mi vida.

—Adios, mi dueño.

D. Guillen salió y en la escalera encontró á Marta.

—No dejes de esperarme—le dijo la muchacha—importa mucho lo que tengo que deciros.

—¿De qué se trata?

—Es negocio largo, esperadme mañana.

El Señorito bajó pensando:

—¿Qué misterio será este?

Habian pasado dos horas de esto cuando la puerta de la casa del marqués, que caia al canal, se abrió y apareció en el dintel una mujer enteramente cubierta.

Dos hombres en una canoa esperaban afuera.

—Luis—dijo la tapada.

—Aquí estoy—dijo uno de aquellos hombres.

—Vamos.

La tapada cerró por fuera y con llave la puerta, se entró á la canoa y los hombres comenzaron á remar en direccion al palacio.

Al dia siguiente hubo en México lo que en aquellos tiempos se podia llamar una gran novedad.

Las noticias de los piratas eran muy poco satisfactorias; se habian apoderado de Veracruz la Nueva, y se referia en México que traian un fabuloso número de tropas de desembarco.

El nombre de Lorencillo andaba de boca en boca, y el virey y la audiencia estaban verdaderamente alarmados.

En consecuencia de esto, habíase llevado á *puro y debido efecto* la provision del virey, y todos los varones de quince á sesenta años se habian acuartelado para armarse, formándose rejimientos de españoles, de mulatos, de indios y de negros.

Porque en aquel tiempo la distincion de las castas era una cosa muy importante.

Casi no se tenia idea de la igualdad, á pesar de lo mucho que se finjia seguir las doctrinas del Evangelio.

Los hombres eran clasificados para todo, como animales, por la raza, y estas clasificaciones eran verdaderamente ridículas.

Habia *españoles europeos*; los nacidos en España. Estos se llamaban *gachupines*.

Españoles americanos, esto es, los hijos de españoles. Estos eran los *criollos*.

Indios, á quienes llamaban los españoles *macuaches*, *cuatro orejas*.

Y *negros* que ó eran esclavos ó *libres y mansos* ó *cimarrones*, que eran los que vivian sin ley en los montes.

Estas eran las razas consideradas como primitivas, y de aquí se formaban *las castas*. Decia una antigua clasificacion:

Español con india sale *mestizo*.

Mestizo con española sale *castizo*.

Castizo con española sale *español*.

Español con negra sale *mulato*.

Mulato con española sale *morisco*.

Morisco con española sale *salta-atrás*.

Salta-atrás con india sale *chino*.

Chino con mulata sale *lobo*.

Lobo con mulata sale *Gibaro*.

Gibaro con india sale *albarrazado*.

Albarrazado con negra sale *cambujo*.

Cambujo con india sale *sambaygo*.

Sambaygo con mulata sale *calpan-mulata*.

Calpan-mulata con sambaygo sale *tente-en-el-aire*.

Tente-en-el-aire con mulata sale *no-te-entiendo*.

No-te-entiendo con india sale *ahí-te-estás*.

Tal era la multitud de razas y de castas que habia en México, y que obligaba á los gobernantes, segun el espíritu de

aquellos tiempos, á dictar disposiciones diversas para cada una de ellas.

Por esto tambien se formaban los batallones por colores y por razas.

Todos los hombres de la ciudad de México estaban acuartelados como consecuencia de las circunstancias. Los que no querian prestar sus servicios se habian ocultado ó salido fuera de la ciudad, y resultó que hubo un dia en que no aparecieron en la calle mas que mujeres.

Aquello era una cosa divertida y curiosa.

Mujeres despachaban en las tiendas, mujeres compraban y vendian en los mercados, mujeres cargaban y conducian muebles y objetos que tenian que trasportarse de un punto á otro, mujeres remaban en las canoas, y se vieron algunas dirijiendo las mulas y bestias de carga ó de tiro.

En aquel dia cualquiera se hubiera creido encontrar en uno de esos fabulosos paisés de amazonas que describen los viajeros de fantasía.

Marta aprovechó aquella oportunidad para salir de la casa del marqués de Rio-florido y dirijirse en busca del Señorito, á quien habia citado.

D. Guillen de Pereyra la esperaba con impaciencia.

—Por fin llegas—la dijo al verla entrar—¿qué se te ocurre con tanto misterio?

—Un negocio grande para vos.

—Cuéntame.

—Es historia: ayer antes de ir á la casa del marqués, por la mañana, quise despedirme del Camaleon, y seguro de encontrarle en la pulquería del Morisco, pasé por allí, y le ví; referíle que iba ya en camino para la casa adonde vos me enviábais; como estaba en el secreto, no dudé con-

tarle que queríais saber sus entradas y salidas, el número de criados y esclavos, y si habia ó no armas en la casa, y todo lo demas. El Camaleon me escuchó con paciencia, y luego comenzó á hablarme: “Que él me queria mucho, que yo debia ser su mujer, y mil cosas, como si yo estuviera para pasiones y esos cuentos.” Díjele á todo que sí, pero que ahora no tenemos dinero para ese casamiento, y que era preciso esperar hasta que vos nos le proporcionáseis. —No necesitamos de él—me contestó—yo quiero que ese golpe lo demos por nuestra cuenta; te voy á confiar un secreto. Entonces me hizo jurar que nada diria, por dos ó tres veces, y él me dijo el secreto; que consiste nada menos que en penetrar á la casa segun les dijísteis y mataros allí, y aprovecharse de todo.

—¿Es posible!—esclamó D. Guillen—y piensan que me dejaré matar como un corderillo! Diez como ellos no me tocarán un pelo, mientras que yo. . . .

—Pero os acordareis que segun el plan, debeis dejaros desarmar para que la dama no entre en sospechas.

—Es verdad.

—Y entonces. . . . decid si no será facil. . . .

—Como hay Dios que sí.

—Yo le juré que nada diria, pero ese juramento, aunque me cueste diez años de purgatorio, no lo cumplo.

—Haces bien. . . .

—Me dijo que yo debia abandonaros, porque vos sois la causa de que yo sea una mujer perdida, porque abusásteis de mi edad para arrancarme mi inocencia: ¡qué tonto! ¿y para qué queria yo la inocencia? ¿para qué me servia? y luego que vos me dejásteis; como si yo fuera de esas mujeres que se contentan con pasar toda su vida con un hombre no mas:

vaya, así estoy mejor libre, sin tener compromiso con nadie; hoy con un amigo, mañana con otro, donde me vaya mejor, sin que ningun hombre, ni mi madre, me anden celando ni cuidando, porque soy niña recatada y fina.

La Apipizca lanzó una carcajada como si lo que habia dicho fuera una cosa muy graciosa.

El Señorito habia quedado meditabundo: la noticia de la muchacha parecia haberle impresionado profundamente.

—Y bien—esclamó la jóven despues de haberle contemplado un largo rato en silencio—¿qué hacemos? yo ya me comprometo dando el soplo, ya veremos cómo me libertais de esos que si lo descubren han de querer por lo menos matarme.

—No temas, bien se cuidarán ellos de tocarte, aun cuando lo supieran; pero no lo sabrán.

—Todo eso está muy bien, ¿pero qué pensais hacer?

—Eso lo meditaré; por ahora, tú no digas nada á nadie.

—Dios me libre.

—Y continúa en la casa del marqués con el mismo encargo; mañana á esta hora espero todas las noticias que te he pedido.

—¿Y no más?

—Nada mas.

—Entonces he concluido aquí mi negocio y me retiro, porque no suceda que me estrañen en la casa del marqués.

La Apipizca salió y se volvió á la casa de D^a Inés.

Entretanto el Señorito se quedó meditando un medio de conseguir su objeto; es decir, el robo de las riquezas del marqués, jugando á sus aliados la misma burla que ellos le preparaban.

Era un duelo á muerte entre aquellos hombres: D. Gui-

llen tenia en su contra que no contaba con mas aliado que la Apipizca, pero en cambio conocia las intenciones de sus enemigos.

Ellos eran muchos, pero ignoraban que el Señorito estuviere prevenido.

El Señorito no podia ni buscar nuevos cómplices para deshacerse de los primeros, porque esto era dar publicidad al lance, ni llevar á efecto el pensamiento con los comprometidos, ni hacer resistencia en el acto de la ejecucion del plan.

Todo esto era descubrir sus proyectos, dejarlos sin objeto ó esponerse á que cualquiera de los cómplices le denunciara.


El Señorito estaba en una situacion verdaderamente comprometida y terrible.

Pero no era hombre de amilanarse por tan poco, y en todo caso, aun perdido el lance, le quedaba el de la conspiracion, del que D^a Inés le habia prometido sacar muchas ventajas.

Decididamente la fortuna estaba de su lado.

IX.

De quién era la dama misteriosa de la canoa y del objeto que la llevaba.

 A dama que misteriosamente cubierta salido habia de la casa del marqués de Rio-florido y embarcándose en una canoa, llegó hasta cerca de palacio; allí mandó á los remeros que se acercasen á la márjen derecha del canal, y salto á tierra

Uno de los hombres que la conducian quedó al cuidado de la embarcacion, y el otro, ajustándose el talabarte, siguió á la dama.

Atravesaron uno en pos de otro lijeramente el espacio que los separaba de la puerta del palacio y llamaron allí.

Como en aquellos dias habia en la ciudad tan gran movimiento y se habian levantado las milicias, entraban y salian del palacio tantas jentes que la puerta se abrió, y la dama, seguida siempre de su escudero, penetró en el interior, sin detenerse ni llamar la atencion.

La dama subió las escaleras y se dirijió á la secretaría del virey.

En la antesala habia una multitud de personas esperando, á pesar de ser una hora tan avanzada de la noche, en

razon de los acontecimientos de Veracruz. Se trabajaba en la secretaría del vireinato y en la audiencia como si fuera de dia.

Habian comenzado ya á salir tropas para la Veracruz, y los oidores D. Frutos Delgado y D. Martin de Solís habian conducido al camino las primeras columnas.

El marqués de la Laguna, virey de México, se habia convertido en un jeneral en jefe, y la ciudad en un campamento; pero habia tanta animacion y tantos preparativos marciales como si se estuviera en víspera de dar una gran batalla.

Sin embargo, todo aquello no era mas que aparato, y el mismo D. Frutos Delgado volvia aquella noche á dormir á la ciudad y en su casa; y estaba, en los momentos en que la dama llegó á palacio, hablando con el virey en su cámara cuando entró un empleado de la secretaría y dijo al marqués de la Laguna:

—Señor, una dama encubierta desea hablar á V. E.

—Sí—contestó el virey—será la misma que por medio de una esquila me ha pedido una audiencia para esta noche.

—Creo que ella debe ser.

—Que pase—contestó el virey.

—Me retiro—dijo el oidor poniéndose en pié.

—No, su señoría puede quedarse, que no creo que el asunto que á esa dama le obliga á venir sea tan reservado que no pueda oirle su señoría; y en todo caso, ella nos dirá si la presencia aquí de su señoría le impide hablar ó si el negocio que trae puede ser escuchado por su señoría.

D. Frutos iba á contestar, pero se abrió la puerta y la dama penetró en la estancia.

—Permítame V. E.—dijo despues de saludar—que me

descubra, porque no tengo razon de ocultarme ante la discrecion de V. E. y del señor oidor.

La dama se descubrió y el oidor y el virey pudieron ver á D^a Inés de Medina, á quien conocian los dos con anticipacion.

—Tome asiento vuesa merced, señora—la dijo el virey cortesmente—y dígame ante todo si será obstáculo la presencia aquí del señor oidor para que diga el negocio que la trae aquí.

—No solo no es obstáculo—contestó D^a Inés—sino que me será muy agradable que su señoría se entere tambien de ese negocio.

—Agradezco—contestó el oidor saludando.

—Hable vuesa merced, señora—dijo el virey.

—Sí, señor, que tengo poco tiempo de que disponer, y el de V. E. es muy limitado para sus grandes ocupaciones. Es el caso, señor, que á mi noticia ha llegado un asunto, que como importante á los intereses del rey nuestro señor (Q. D. G.), me veo en la necesidad de denunciar á V. E.

—Y de qué se trata?—preguntó el marqués.

—Trátase—dijo la dama—de una conspiracion.

El oidor fijó toda su atencion, y el virey palideció ligeramente.

—Una conspiracion!—dijo procurando dominar su emocion—¿y quién se atreverá á tanto en los reinos de S. M.?

—Se trama, señor, una conspiracion—continuó la dama—una conspiracion para arrebatar á la corona de España uno de sus mas ricos dominios.

—Pero quiénes conspiran?

—Señor, y opuedo descubrir los secretos y los nombres

de esos malos vasallos, porque tengo modo de hacerlo, pero para esponerme á tanto riesgo, necesito saber si cuento con el apoyo de V. E.

—Por supuesto—contestó el virey mirando al oidor que le contemplaba con cierto aire de malicia.

—Pues eso me basta, señor, y que V. E. me reciba cada vez que desee hablarle.

—¿Y nada mas me dirá por hoy vuesa merced, señora?—dijo el virey.

—¿Y qué mas, señor, que noticiar á V. E. que hay en México una gran conspiracion y ofrecerle todas las pruebas? ¿acaso ya sabia esto V. E.? porque en tal caso ya será inútil mi ofrecimiento, supuesto que entonces á esta hora estará ya deshecha.

Aquella respuesta de D^a Inés, dada al virey delante del oidor, que le aeechaba como un gato á un raton, fué un golpe que completamente le desconcertó.

—No, señora—dijo—nada sabia en verdad, y no quiero decir que era poco importante lo que comunicaba vuesa merced, sino que yo tenia deseos de saber mas.

—Y lo sabrá muy pronto V. E.

—Así lo espero.

—Por ahora, señor, me retiro, pero antes me atreveré á suplicar á V. E., que supuesto que nada sabia me dé un papel en que conste que yo he sido la que ha dado esta noticia á V. E. y lo que he prometido.

—Yo daré ese papel á vuesa merced.

—Deseara tenerlo ahora que el señor oidor puede poner en él su firma como testigo.

—Pero.....

—Ah! si V. E. ya lo sabia.....

El virey miró al oidor como con angustia, y luego rápidamente tomó un papel y una pluma; escribió y firmó.

—¿Le agrada á vuesa merced?—dijo mostrando lo escrito á D^a Inés.

—Sí—contestó la dama— es siquiera la única recompensa que busco: ahora el señor oidor querrá firmar?

—Con mucho gusto—dijo el oidor alegremente, comprendiendo que habia caido el virey bajo su vijilancia.

D^a Inés tomó el papel, y cuando vió que habia secado la tinta, lo dobló cuidadosamente, lo guardó y salió de la estancia.

El virey miró al oidor y el oidor al virey; en cada una de aquellas miradas podia leerse una pregunta.

—¿Qué pensará ahora el virey?—decia la del oidor.

—¿Qué pensará el oidor?—decia la del virey.

Los dos se contemplaron un largo rato, porque entre ellos habia una profunda enemistad: los dos se acechaban, y cada uno de ellos no esperaba sino la oportunidad de perder al otro, y todo esto en medio de las más atentas consideraciones y muestras de respeto.

—¿Cree S. E.—dijo por fin D. Frutos—que aun no es llegado el momento de proceder contra el marqués de San Vicente?

El virey vaciló para contestar.

—Es indudable ya que se conspira en México—continuó el oidor—porque sin estar yo de acuerdo con esa dama, acababa de decir á V. E. poco mas ó menos lo mismo que ella le ha dicho, y tal noticia me ha hecho regresar á México esta tarde para dar parte á V. E.

—En efecto, la coincidencia es singular—contestó con una especie de desconfianza el virey.

—Pues aunque parezca singular á V. E.—dijo el oidor comprendiendo lo que daba á entender el virey—ninguna relacion tengo con esa dama, ni aun sabia que esta noche habia de venir.

—Es igual; pero aun suponiendo que tal conspiracion existe ¿qué tiene que ver en eso el marqués de San Vicente?

—Señor, ha llegado el momento de hablar con franqueza: entiendo que V. E. no quiera proceder á la prision de ese hombre misterioso, y yo en nombre de S. M. pido á V. E. que proceda contra él bajo mi responsabilidad y bajo la responsabilidad de toda la Audiencia.

—Es decir ¿lo exijís?

—Casi, señor virey, de lo contrario, nosotros protestaremos ante Su Majestad, salvándonos así de cualquier cargo que pudiera hacernos, si esto tiene un mal resultado.

—¿Y si el marqués es inocente?

—En ese caso nada perderia por haber estado en prision unos dias.

—Pero seria para nosotros un enemigo terrible.

—Señor, cuando se cumple con un deber, nada importa la enemistad de algunas personas.

El virey meditó.

—Sea—dijo derepente—pues la Audiencia lo quiere. Daré la orden de prision contra el marqués.

El virey llamó á su secretario, le dijo algo en voz baja y poco despues le trajeron á firmar la orden que pedia la Audiencia.

—Tome su señoría esa orden—dijo el virey—y Dios quiera que este paso no sea de tristes consecuencias.